

Vicente Blasco Ibáñez



El Lujo

textos.info
biblioteca digital abierta

El Lujo

Vicente Blasco Ibáñez

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7621

Título: El Lujo

Autor: Vicente Blasco Ibáñez

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 29 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Lujo

—La tenía sobre mis rodillas —dijo el amigo Martínez—, y comenzaba a fatigarme la tibia pesadez de su cuerpo de buena moza.

Decoración... la de siempre en tales sitios. Espejos de empañada luna con nombres grabados, semejantes a las telarañas; divanes de terciopelo desteñido, con muelles que chillaban escandalosamente; la cama, con teatrales colgaduras, limpia y vulgar como una acera, impregnada de ese lejano olor de ajo de los cuerpos acariciados; y en las paredes, retratos de toreros, cromos baratos con púdicas señoritas oliendo una rosa o contemplando lánguidamente a un gallardo cazador.

Era el aparato escénico de la celda de preferencia en el convento del vicio; el gabinete elegante, reservado para los señores distinguidos; y ella, una muchachota dura, fornida, que parecía traer el puro aire de los montes a aquel pesado ambiente de casa cerrada, saturado de colonia barata, polvos de arroz y vaho de palanganas sucias.

Al hablarme acariciaba con infantil complacencia las cintas de su bata: una soberbia pieza de raso, de amarillo rabioso, algo estrecha para su cuerpo, y que yo recordaba haber visto meses antes sobre los flácidos encantos de otra pupila muerta, según noticias, en el hospital.

¡Pobre muchacha! Estaba hecha un mamarracho: los duros y abundantes cabellos peinados a la griega con hilos de cuentas de vidrio; las mejillas lustrosas por el rocío del sudor, cubiertas de espesa capa de velutina; y como para revelar su origen, los brazos de hombruna robustez, morenos y duros, se escapaban de las amplias mangas de su vestidura de corista.

Al verme seguir con mirada atenta todos los detalles de su extravagante adorno creyóse objeto de admiración, y echó atrás su cabeza con petulante gesto.

¡Criatura más sencilla!... Aun no habían entrado en ella las costumbres de la casa, y decía la verdad, toda la verdad, a los señores que deseaban

saber su historia. La llamaban Flora, pero su nombre era Mari-Pepa. No era huérfana de coronel o de magistrado, ni contaba las novelas enrevesadas de amores y desventuras que urdían sus compañeras para justificar su presencia allí. La verdad, siempre la verdad; a ella la colgarían por franca. Sus padres eran labriegos acomodados de un pueblecillo de Aragón; campos propios, dos mulas en la cuadra, pan, vino y patatas abundantes todo el año; y por las noches, los mejores mozos del pueblo llegaban en rondalla bajo su ventana para ablandarle el corazón copla tras copla y llevarse con su moreno cuerpo de moza fuerte los cuatro bancales heredados del abuelo.

—Pero ¿qué quieres, hijo?... Me encontraba mal entre aquellas gentes: tanta rudeza no era para mí. Yo he nacido para señorita. Di: ¿por qué no

he de serlo? ¿No parezco tan buena como cualquiera otra?...

Y frotaba contra mi cuello su cabeza de amorosa dócil, de esclava sumisa a todos los caprichos a cambio de estar bien adornada.

—Aquellos gañanes —continuó— me causaban repugnancia. Me escapé con el estudiante, ¿sabes?, con el hijo del alcalde, y rodamos por el mundo, hasta que me abandonó, y vine a parar aquí, esperando algo mejor. Ya ves que la historia es corta...; no me quejo de nada, estoy contenta.

Y para demostrar su alegría, la infeliz cabalgaba sobre mis piernas, paseaba sus duros dedos por mi cabeza, despeinándome, y canturriaba el tango de moda torpemente, con su fuerte voz de campesina.

Confieso que sentí deseos de hablarle «en nombre de la moral», ese anhelo hipócrita que todos tenemos de propagar la virtud cuando estamos hartos y con el deseo muerto.

Ella alzó los ojos, asombrada al verme grave, predicándola, como un misionero que ensalzase la castidad con una cortesana sobre las rodillas; su mirada iba incesantemente de mi rostro austero a la inmediata cama. Era el buen sentido sublevado ante la incoherencia entre tanta virtud y los excesos de momentos antes.

De repente pareció comprender, y una carcajada hinchó su carnosos cuello.

—¡Asaúra!... Pero ¡qué gracia tienes! ¡Y con qué «sombra» sabes decir esas cosas! Pareces el cura de mi pueblo...

—No, Pepa; te hablo seriamente. Creo que eres una buena muchacha; no sabes dónde te has metido, y te lo aviso. Has caído muy bajo, pero mucho. Estás en lo último. Dentro del mismo vicio la mayoría de las mujeres se resisten y se niegan a las caricias que os exigen en esta casa. Aún puedes salvarte. Tus padres tienen para vivir; tú no has venido aquí empujada por la miseria. Vuelve a tu casa; lo pasado se olvidará: puedes mentir, inventar cualquier historia para justificar tu huida, y ¿quién sabe?... Cualquiera de los mozos que te cantaban se casará contigo, tendrás hijos y serás una mujer hornada.

La muchacha se ponía seria al con vencerse de que hablaba formalmente. Poco a poco fue resbalando de mis rodillas hasta quedar en pie, mirándome fijamente, como si de pronto viese una persona extraña y una muralla invisible se hubiese levantado entre los dos.

—¡Volver a mi casa! —dijo con duro acento—. Muchas gracias; sé bien lo que es eso. Levantarse antes de que amanezca, trabajar como una negra, ir al campo, llenarse de callos las manos. Mira, mira cómo las tengo aún.

Y me hacía tocar las durezas que abultaban las palmas de sus fuertes manos.

—Y todo esto, ¿a cambio de qué? ¿De ser honrada?... ¡Pa ti! No soy tonta ¡Toma, para los honrados!

Y acompañó estas palabras con unos cuantos ademanes indecorosos, aprendidos en su tertulia con las compañeras.

Después, canturriando, fué a mirarse en un espejo y saludó con una sonrisa la cabeza enharinada y cubierta de perlas falsas que asomaba a la turbia luna, contrayendo su boca pintada de rojo como la de un *clown*.

Cada vez más aferrado a mi papel de virtuoso, seguí sermoneándola desde mi asiento, envolviendo en sonoras palabras esta hipócrita propaganda. Hacía mal; debía pensar en el futuro. El presente no podía ser malo ¿Qué era ella? Menos que una esclava: un mueble: la explotaban, la robaban, y después... después sería peor: el hospital, las enfermedades asquerosas...

Pero otra vez su brutal carcajada me interrumpió.

—¡Vaya, chico déjame en paz!

Plantándose ante mí me envolvió en una mirada de inmensa compasión.

—¡Pero, hijo, qué tonto eres! ¿Crees que puedo volver a aquella vida de perros habiendo probado ésta?... No; yo he nacido para el lujo.

Y abarcando con una mirada de devota admiración los sillones cojos, el diván desteñido y aquella cama por donde pasaba todo el mundo, comenzó a pasear, gozándose en el fru-fru de su cola al arrastrarse por el suelo, acariciando con las manos los pliegues de aquella bata que aún parecía conservar el calor del cuerpo de la otra.

Vicente Blasco Ibáñez



Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 29 de enero de 1867 – Menton, Francia, 28 de enero de 1928) fue un escritor, periodista y político español.

Dividió su vida entre la política, el periodismo, la literatura y el amor a las mujeres, de las que era un admirador profundo, tanto de la belleza física como de las características psicológicas de éstas. Se definía como un hombre de acción, antes de como un literato. Escribía con inusitada rapidez. Era entusiasta de Miguel de Cervantes y de la historia y la

literatura españolas.

Amaba la música tanto o más que la literatura. Wagner le apasionaba, su apoteósica música exaltaba su viva imaginación y soñaba con los dioses nórdicos y los héroes mitológicos como Sigfrido, nombre que más tarde pondría a uno de sus cuatro hijos. En su obra *Entre naranjos*, nos deleita con el simbolismo de las óperas del célebre compositor. En una reunión típica de la época, en que los jóvenes se reunían para hablar de música y literatura y recitaban poesías, conoce a la que sería su esposa y madre de sus hijos, María Blasco del Cacho.

Aunque hablaba valenciano, escribió casi por completo sus obras en castellano con solo nimios toques de valenciano en ellas, aunque también escribió algún relato corto en valenciano para el almanaque de la sociedad *Lo Rat Penat*.

Aunque por algunos críticos se le ha incluido entre los escritores de la Generación del 98, la verdad es que sus coetáneos no lo admitieron entre ellos. Vicente Blasco Ibáñez fue un hombre afortunado en todos los órdenes de la vida y además se enriqueció con la literatura, cosa que ninguno de ellos había logrado. Además, su personalidad arrolladora, impetuosa, vital, le atrajo la antipatía de algunos. Sin embargo, pese a ello, el propio Azorín, uno de sus detractores, ha escrito páginas extraordinarias en las que manifiesta su admiración por el escritor valenciano. Por sus descripciones de la huerta de Valencia y de su esplendoroso mar, destacables en sus obras ambientadas en la Comunidad Valenciana, su tierra natal, semejantes en luminosidad y vigor a los trazos de los pinceles de su gran amigo, el ilustre pintor valenciano Joaquín Sorolla.

Blasco cultivó varios géneros dentro de la narrativa. Así, obras como *Arroz y tartana* (1894), *Cañas y barro* (1902) o *La barraca* (1898), entre otras, se pueden considerar novelas regionales, de ambiente valenciano. Al mismo tiempo, destacan sus libros de carácter histórico, entre los cuales se encuentran: *Mare Nostrum*, *El caballero de la Virgen*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), *El Papa del Mar*, *A los pies de Venus* o de carácter autobiográfico como *La maja desnuda*, *La voluntad de vivir* e incluso *Los Argonautas*, en la que mezcla algo de su propia biografía con la historia de la colonización española de América. Añádase *La catedral*, detallado fresco de los entresijos eclesiásticos de la catedral de Toledo.

La obra de Vicente Blasco Ibáñez, en la mayoría de las historias de la

literatura española hechas en España, se califica por sus características generales como perteneciente al naturalismo literario. También se pueden observar, en su primera fase, algunos elementos costumbristas y regionalistas.

Sin embargo, se pueden agrupar sus obras literarias según su gran variedad temática frecuentemente ignorada en su propio país, puesto que además de las novelas denominadas de ambiente valenciano (Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Entre naranjos, Cañas y barro, Sónnica la cortesana, Cuentos valencianos, La condenada), hay novelas sociales (La catedral, El intruso, La bodega, La horda), psicológicas (La maja desnuda, Sangre y arena, Los muertos mandan), novelas de temas americanos (Los argonautas, La tierra de todos), novelas sobre la guerra, la Primera Guerra Mundial (Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Mare nostrum, Los enemigos de la mujer), novelas de exaltación histórica española (El Papa del mar, A los pies de Venus, En busca del Gran Kan, El caballero de la Virgen), novelas de aventuras (El paraíso de las mujeres, La reina Calafia, El fantasma de las alas de oro), libros de viajes (La vuelta al mundo de un novelista, En el país del arte, Oriente, la Argentina y sus grandezas) y novelas cortas (El préstamo de la difunta, Novelas de la Costa Azul, Novelas de amor y de muerte, El adiós de Schubert) entre sus muchas obras.

(Información extraída de la Wikipedia)